

porque tus vestidos, tus muebles, tus coches, tus caballos, todo, hasta tus diamantes, comprados la mayor parte del tiempo al fiado, eran vendidos por testaferros de M. Gigant.

— ¿Cómo sabes eso? interrumpió Nini Moustache atónita.
— ¿Qué te importa, puesto que yo lo sé? replicó Aurelia.

Pero, detrás de esto hay otro interés más oscuro, que no toco todavía con el dedo, pero que adivino, el de reducir al conde de Puysaie á la última extremidad de un callejón sin salida, como el en que se encuentra á estas horas, y ponerlo en la necesidad de optar ó entre la ruina ó el casamiento de su hija con el baron Matifay.

Supongamos este casamiento realizado, lo que Dios no permita, M. Gigant ya no tiene necesidad de tí; pero ¿crees que te dejará tranquila? Esos lobos de la vida social olfatean el oro como sus hermanos de las selvas olfatean la sangre. Te tiene cogida por tu hermana, te tiene bastante poderosamente para haberte hecho cumplir, hasta el fin, una obra que repugnaba á tu conciencia; con mayor razón te tendrá cogida suficientemente para hacerte vomitar las riquezas que ha puesto en tu casa en depósito, salvo el vender despues á tu hermana, si encuentra ventaja en ello.

Abrumada por esta lógica inexorable, Nini Moustache se callaba.

— ¿Por qué pues, puesto que la tarea á que te destinaba cerca del conde está terminada, M. Gigant te contempla todavía? Es que, si tú no puedes serle ya un ayuda, puedes ser un peligro para él... Tú no tendrías bastante influencia sobre M. de Puysaie para obligarle á casar á su hija, si las circunstancias no le obligasen por otra parte á ello; pero tienes más de lo que hace falta para impedirle que pase adelante, aun á despecho de las circunstancias. No será tú quien hablará, será su propia conciencia que se expresará por tu boca. Él no busca, estoy persuadida de ello, sino un pretexto para romper esa unión cuya odiosidad siente, sin atreverse á confesarlo en alta voz; dale ese pretexto y verás con qué ardor lo aprovechará.

Hé aquí pues cómo obraría yo en tu lugar; suplicaría al conde que pasara á mi casa... le diría que había sabido por el rumor público la noticia del casamiento de su hija con el baron Matifay, y que se me acusaba altamente á mí el ser la causa de ello, y que no quería sufrir el enorme peso de tal acusación. — «Se pretende, le diría, que vos sacrificáis vuestra hija á vuestra querida, y es vuestra querida quien se sacrificará por vuestra hija. Volved á tomar todos los regalos que me habeis hecho, no los quiero ya.» Si rehusa, y rehusará necesariamente, insistes. Si toma la cosa como broma, lo que puede suceder, escucha muy tranquilamente lo que diga, déjale marchar y ciérrale tu puerta. Al cabo de ocho días estará sumiso y tú tendrás la satisfacción de haber realizado una buena acción por la primera vez de tu vida.

En cuanto á lo que toca á M. Gigant, no te inquietes de ello. Yo te doy mi palabra que no se tocará á un cabello de la cabeza de Ursula; todas las tentativas que se intenten contra ella serán conocidas por mí tan pronto como concebidas, y frustradas antes que emprendidas.

La carretela de Aurelia desembocaba en este momento en la plaza de la Concordia, que ofrecía á esta hora un espectáculo mágico: un flujo de carruajes y de jinetes subía hácia la avenida de la Estrella. Las bellas damas, negligentemente recostadas sobre los cogines de color de gamuza ó azul celeste, respondían con pequeñas señas de manos á los respetuosos saludos que los jinetes les hacían al pasar; otros caballeros trotando al estribo de los coches, se inclinaban para hablarlas. Celebridades del gran mundo y del mediano, de la nobleza y de la hacienda, todas estaban allí, y se las reconocía fácilmente por el buen gusto, por el lujo excesivo ó la excentricidad de los carruajes.

A los dos lados de la calzada, en el borde de sus anchas aceras, la muchedumbre apiñada á la sombra de los árboles, ve desfilar, no sin envidia, á estos privilegiados de la fortuna. Como no ve más que el brillante reflejo de la seda y el centelleo de las pedrerías, no adivina los dolores que cubre bien á menudo esta librea de la fortuna; casi siempre los ignora, y tal vez ni aun sería capaz de comprenderlos.

Segun ellos, en efecto, ¿qué sufrimientos ni disgustos sérios pueden tener gentes que saborean manjares exquisitos en ricas porcelanas de Sevres, habitan bajo dorados techos y duermen en lechos de pluma y terciopelo? ¿No tener para comprar pan ó para pagar su casa, y no poder adquirir ni aun esto tan necesario sino á fuerza de un trabajo manual, con el sudor de su rostro, esos sí que son trabajos, que son dolores y verdaderos sufrimientos!

¡Dichosos los ricos!

Tal ministro se levanta á las cuatro de la mañana, medita laboriosamente cuando los albañiles duermen todavía, vela aun cuando están acostados hace largo tiempo. La preocupación del peso que le abruma no le deja nunca, le acompaña hasta en los cortos intervalos que concede al reposo. Esos bailes, esas fiestas, esos esplendores, esos espectáculos, esas comidas de aparato que le envidiáis son quizás su mayor suplicio. Despues de seis horas pasadas gastándose la vista sobre despachos y correspondencias, le es necesario ir á quemársela al resplandor de las arañas. ¡Ah! ¡cuánto preferiría pasar la velada al lado del hogar doméstico, con su niño sobre las rodillas y un buen fuego en la chimenea!

¡Dichosos los ricos!

Y los coches desfilaban con sus lacayos cubiertos con deslumbradoras libreas, con sus soberbios caballos espumando por la boca é hiriendo el suelo en cadencia con sus cascos secos. Los mancebos de comercio y las costureras se desojaban al ver pasar las duquesas; las chicuelas suspiraban ante el espectáculo de las ricas telas y de los aderezos. Los filósofos regañones refunfuñaban, y el murmurador, el maldiciente mordía con su lengua de vibora, semejante á un dardo ó á un estoque afilado, alguna de esas débiles mariposas nocturnas salidas de un lodazal para brillar momentáneamente y volver á sepultarse en el fango al cabo de algunos años; ¡quizás de algunos meses!

¡Dichosos, dichosos los ricos!

Un coche pasó, escoltado por un jinete á cada estribo. Una corona conchal brillaba encima de un escudo de armas.

Dos damas, de las cuales una muy joven, de radiante belleza, iban sentadas en el coche, hablaban en voz baja y sonreían.

Eran madama de Puysaie y Cipriana.

Los dos jinetes eran M. de Puysaie y el coronel Fritz.

La muchedumbre miró con admiración mezclada de envidia alejarse el brillante carruaje, y una morenita con cofia de percal suspiró:

— ¡Ah! ¡qué felices son estos ricos!

XIII

HISTORIETA DE UNA ROSA.

Es sin duda superfluo el advertir que en la época en que pasa esta historia, el bosque de Bolonia no se parecía en nada al que vemos hoy. No había lagos, no había ríos, no había cascadas. Solamente una yerba seca y rara bajo robles y encinas penosamente crecidos. El cercado lindísimo, donde admiramos todas las ingeniosidades de la jardinería inglesa, ofrecía entonces el aspecto de un bosque mezquino, árido y salvaje.

Sin embargo, — y nosotros protestamos desde luego que no queremos, en manera alguna, comparar en desventaja suya ni en ventaja el presente al pasado, — aquella aridez tan primitiva no era desagradable, al contrario. Las encinas endebles del bosque de Bolonia hacían, con las frondosas y espesas de Saint-Cloud y de Meudon, un contraste que no carecía de novedad y de atractivo. Las cercanías de París son tan privilegiadas bajo la triple relación del sitio, de la fecundidad del suelo y de la abundancia de las aguas corrientes, que presentan casi siempre un aspecto artificial y arreglado. La libre naturaleza se adorna y disfraya en jardines. Solo en medio de todos estos bosques que son parques, el bosque de Bolonia era un bosque verdadero.

Además, por árido que fuese, su proximidad á los barrios ricos había hecho ya de él el paseo más á la moda.

En cuanto hubieron pasado la puerta Maillot, Loredano y el coronel Fritz confiaron sus caballos á sus lacayos, y se colocaron en el coche, en frente de la condesa y de su hija.

Quizás se encontraban así más á gusto para espiarlas, y adivinar en una mirada, en un gesto, hasta qué punto habían llegado sus confianzas recíprocas.

Loredano sobre todo no las perdía de vista... El casamiento de Cipriana era el único medio que le quedaba de librarse de una ruina escandalosa. Ahora bien, comenzaba á desconfiar de sí mismo, y se sentía bastante débil para ceder á una liga de su mujer y de su hija.

Aisladas, se creía suficientemente fuerte para resistirlas. Unidas, conseguirían fácilmente prevalerse de su voluntad vacilante.

Era menester impedir esta unión. Dividir para reinar, según la máxima de los partidarios de la autoridad en la antigua escuela.

En fin, como sucede siempre entre gentes á quienes persigue una preocupación común, se hablaba de todo, excepto del objeto mismo de esta preocupación.

Se reía alegremente en la carretela, donde no había un movimiento, un gesto que no ocultara una tristeza, una aprensión, un pesar ó un remordimiento.

¡Dichosos los ricos!

Los carruajes iban, venían á lo largo de las calles de las alamedas, cortándose, cruzándose, volviendo hácia atrás, haciendo mil figuras y vueltas, como las parejas de una gigantesca cuadrilla.

De repente, Cipriana dió un pequeño grito ahogado, y tocando con el codo la mano de su madre:

— La señora de Monte-Cristo, dijo.

Pero como el coche que designaba se acercaba sin cesar, se ruborizó reconociendo su error.

Aquellas guarniciones y arneses excéntricos, aquellos adornos relumbrantes, aquel *groom* vestido con colores vivos y chillones, no podían, no debían pertenecer á la señora de Monte-Cristo.

Todo eso era de suprema elegancia, sí; pero de esa elegancia indecisa que se roza con el mal gusto. El lujo mismo, por la asonancia de los tonos, el conjunto armonioso de pormenores puede ser modesto. Este era descarado como una impertinencia.

¿Cómo podía ser la señora de Monte-Cristo, esa mujer de miradas provocadoras, vestida ostentosamente, de palabra breve, de risa sonora? ¿Cómo Cipriana la había creído un solo minuto? Sin embargo no pudo menos de murmurar:

— ¡Cuánto se le asemeja!

El coronel Fritz tenía una mala sonrisa en los labios.

— Hé aquí, dijo, á la diva Aurelia que pasa, el vizconde de la Cruz no estará lejos.

Esta frase hirió á Cipriana en medio del corazón.

— ¿Qué podía haber de común entre M. de la Cruz y esa mujer?

El coronel le calumniaba sin duda. Pero qué interés tenía en calumniarle delante de Cipriana, pues que debía ignorar, que ignoraba la relación secreta que le unía á M. de la Cruz.

Un sentimiento hasta ese día desconocido, áspero y tierno á la vez, atenaceaba el corazón de la pobre niña.

— ¿Eran celos? No, sin duda. La señorita de Puysaie no podía tener celos de una Aurelia. — Era indignación y sobre todo tristeza.

Ella no quería dar crédito á las palabras del coronel; pero al corazón le agrada atormentarse. A despecho de sus esfuerzos, ella creía. — Hubiera dado muchas cosas porque M. de la Cruz no estuviera en el bosque, ahora que ella no sabía ya si era por Aurelia que él estaría ó por ella.

Pero este recurso extremo de las almas, que huyen siempre ante la certeza, no tardó en desaparecer. — El vizconde se adelantaba al pequeño trote de un soberbio caballo.

Jamás le había encontrado tan bello, tan reposado, tan poderoso. Su mano tenía negligentemente las riendas. El fiero animal espumaba, escarbaba la tierra, se rebelaba y volvía á emprender su paso tranquilo, como dominado por la sola voluntad de su jinete.

— Ahí está, ¿qué decía yo? insistió el coronel. Después de Armida la encantadora, hé aquí Reynaldo el encantado.

— *Trahit sua quemque voluptas*, añadió riéndose M. de Puy-saie, que se acordaba algunas veces de la educación latina de los jesuitas.

Y traducida en seguida :

— Cada abejorro tiene su hijo.

Cipriana se sentía desfallecer.

Así, las relaciones de Aurelia y del vizconde no eran un misterio para nadie. ¡Ella era la sola que las ignoraba!...

¡M. de la Cruz había pues mentido!... ¿No era mentir callarse en semejante caso? Ese héroe, esa estatua que ella había tomado por un bronce precioso, no era mas que un yeso vulgar, un sobremolde grosero, que una palabra del coronel reducía á pedazos, á la manera de un martillazo.

Es uno injusto cuando sufre. Cipriana era injusta.

Ella que, poco antes, pretendía que no quería aceptar de M. de la Cruz sino su protección, encontraba ahora que sin la de su amor, la oferta de su protección era un insulto.

Así se rebeló contra lo que acababa de oír, contra lo que acababa de ver, contra la evidencia. Y se dijo : « ¡Es imposible!... El coronel se engaña. Mi padre se engaña. Todo el mundo se engaña... Yo soy la sola que conozco bien á M. de la Cruz... »

En este instante, el vizconde se cruzaba de nuevo con el coche, por el lado mismo donde Cipriana estaba sentada.

Llevó vivamente la mano al trenzado que rodeaba su cabeza.

Esta era la décima vez que, durante la lucha moral que sostenía, Cipriana volvía á comenzar el mismo ademán.

— ¡Dios mío! dijo madama de Puy-saie, ¿qué tienes, pues, Cipriana? ¿Estás mala?

La pobre niña se puso encendida como la grana.

— No tengo nada, mamá, respondió vivamente. Es esta rosa que me tira los cabellos.

— ¡Espera! dijo madama de Puy-saie.

É inclinándose sobre la frente de su hija, se puso á quitar la rosa sin desarreglar el peinado.

— Es inútil, mamá, es inútil, protestaba Cipriana resistiéndose.

— Ya está hecho, dijo su madre, quitando enteramente la rosa.

Pero, en el último movimiento brusco que hizo Cipriana para rechazar á madama de Puy-saie, esta soltó la flor.

La jóven se inclinó vivamente para volverla á coger. Era demasiado tarde, ya M. de la Cruz, volviendo hácia atrás, vió la rosa en el suelo y la mano blanca de Cipriana extendida hácia ella, como si se le hubiese caído.

Era la última jugarreta de la hada.

Tan pronto como la venturosa carretela, de donde había

caído la rosa, hubo vuelto la esquina de la alameda, el vizconde saltó á tierra, y se apoderó de la flor bendecida, luego, volviendo á saltar sobre su silla, partió al galope á través de los caminos menos frecuentados del bosque. Iba como el viento, ébrio y radiante, estrechando esta rosa contra su corazón, como si hubiese temido que alguien tratara de volverla á reclamar.

Iba á la aventura dominando con la mirada como un conquistador, las colinas, los valles, las llanuras, con el seno henchido de entusiasmo, dichoso de vivir.

Recordaba todas las fatigas pasadas, todas las pruebas sufridas, todos los obstáculos vencidos, todas las conquistas cumplidas. ¿Pero qué eran todas estas conquistas en comparación de la conquista de esta rosa?

¡Cipriana le amaba! ¡Qué talisman! ¿Qué no haría con este pensamiento en el corazón?

Por la mañana aun dudaba del resultado de sus esfuerzos. Se sentía muy débil contra tantos enemigos oscuros, cuyas intrigas ligaba la casualidad. Esta lucha de arcángel San Miguel aplastando al demonio para cuya derrota prestaba él su concurso á la señora de Monte-Cristo, fatigaba su voluntad, desalentaba su valor; pero hé aquí que un auxiliar nuevo descende del cielo : ¡el amor!

¡El amor! era la primera vez que esta paloma del paraíso arrullaba su oído. Virgen de corazón, virgen de sentido, alojaba voluptuosamente las cuerdas de su alma tirantes por un continuo esfuerzo.

El hombre maduro, espectador implacable de todas las vilezas humanas, sentía con un estremecimiento desconocido renacer en él un adolescente cándido, confiado, entusiasta.

Su tarea, hasta entonces tan penosa, le era fácil, puesto que su cumplimiento llevaría consigo la salvación de Cipriana, — de Cipriana á quien amaba como se ama á los ángeles; de Cipriana que le amaba también sin duda, puesto que le había echado esta rosa.

Sin embargo, su correría desordenada había servido de derivativo al delirio de su júbilo.

Su sangre circulaba mas tranquila en sus venas, los latidos de su corazón se habían ido calmando. El vizconde miraba con ojos mas tranquilos los objetos que le rodeaban, y se apercibió que se había alejado de París considerablemente.

Eran sobre las cuatro de la tarde. No había ni un instante que perder.

Volvió las riendas de su caballo en dirección de la ciudad, y partió al gran trote.

Su caballo era un corredor maravilloso. — Una hora después, M. de la Cruz se apeaba en el patio de su casa, y echando la brida á su palafrenero, subía la escalera de su aposento.

Permaneció poco tiempo, — el tiempo de mudar de traje y de escribir una carta de dos líneas que metió en un sobre satinado. — Luego salió, detuvo el primer coche que pasaba, y se hizo conducir á la calle Varennes.

Solamente, siguiendo sus indicaciones, el coche entró

en la callejuela que costaba el jardín del palacio de Puy-saie.

Casi en seguida se abrió una puertecita verde, y madama Postel se acercó al coche.

— Subid, madama Jacquemin, dijo el vizconde, y añadió al cochero : — Bulevar de los Invalidos, al paso.

La doncella, enteramente confusa con el honor que le hacía M. de la Cruz, no se atrevía á sentarse; pero el vizconde tomándole las manos la obligó á ello, diciendo :

— Estaremos aquí bien para conversar... Tengo las mejores noticias que daros de Luis, continuó. Está bien colocado en casa de Clemente, el joyero á la moda, le han recomendado sólidamente, y cualesquiera faltas que cometa, se las excusarán hasta que sea enteramente responsable de sus actos. Vuestro pobre hijo es un niño. Le hemos puesto en aprendizaje de valor y de honradez.

Madama Jacquemin cogió la mano de M. de la Cruz y la besó.

— Bien sabéis, dijo este retirándola, que no es á mí á quien debéis estos favores, sino á madama Lamouroux y á la señora de Monte-Cristo. A ellas habéis recurrido, á ellas habéis implorado, ellas os han prometido la redención de vuestro hijo, bajo la condición de ayudarlas en la obra de bien que se han impuesto...

— Sí, murmuró madama Jacquemin; pero si ellas son la Providencia, vos sois su enviado.

La buena mujer iba á manifestar de nuevo la expresión de su agradecimiento.

— No se trata de eso, dijo el vizconde con impaciencia. ¿Teneis algo nuevo que decirme?

— Nada, respondió madama Jacquemin. Ayer la señorita permaneció largo tiempo en el cuarto de la señora. Han llorado mucho. Luego la señorita se ha encerrado en su aposento y ha escrito toda la noche. — ¡Ah! olvidaba, me ha mandado que vaya á casa de madama Rozel, en busca de la obrera del otro día, la señorita Ursula, creo. Era perfectamente inútil, pues yo hubiera podido hacer el trabajo que la señorita le confiaba.

El vizconde se sonrió imperceptiblemente.

— Será menester, dijo por lo bajo, que Ursula vea otra vez á madama Lamouroux. Ella nos dirá mas.

Luego preguntó en alta voz :

— ¿Es todo?

— Sí, dijo madama Jacquemin. La señora y la señorita han ido al bosque esta tarde. He puesto una rosa blanca en los cabellos de la señorita, como vos lo habíais ordenado.

Ha querido al principio hacérmela quitar, después se ha retractado y me ha dicho que la dejara.

M. de la Cruz escuchaba con todos sus sentidos. Hubiera querido que madama Jacquemin le contara con todos sus detalles la escena de la rosa; pero tuvo miedo de descubrirse, y no se atrevió á preguntar mas.

— Hé aquí, dijo, un billete que pondreis en el sitio acostumbrado.

— Está bien, respondió madama Jacquemin.

¡Oh! ciertamente no había entre estos dos seres ninguna

complicidad de que tuviesen que ruborizarse; ningun acuerdo entre seductor y dueña; entre un libertino hastiado y una corruptora de almas. Sus miradas claras no se bajaron mientras que el uno daba el billete y la otra lo tomaba. Madama Jacquemin no se hubiese prestado á ninguna vergonzosa maniobra. Ella creía en M. de la Cruz como se cree en Dios, y obedecía sus órdenes sin discusión, sin mal pensamiento, sin escrúpulo.

Madama Jacquemin y el vizconde bajaron del coche. Él pagó al cochero, y mientras que ella regresaba á la calle de Varennes, él se dirigió lentamente en dirección á los bulevares.

Estaba pensativo entonces. Su sublime confianza de hace algunas horas se desvanecía. La duda penetraba en su espíritu.

Poco hacia exclamaba :

— ¡Ella me ama!

Y se preguntaba ahora con angustia :

— ¿Me amará? Cuando me conozca mejor, cuando me haya despojado por ella sola del prestigio que me rodea, cuando me haya mostrado á sus ojos tal cual soy, ¿me amará?

Esta rosa no prueba nada. ¿Qué puede probar una rosa? Las angustias de su corazón, hé ahí todo. Se siente desamparado por todos aquellos cuyo deber sería defenderla en el peligro de su vida y de su honor, y ella acepta la primera protección que se presenta, como el hombre que se anega ase la primera rama que flota.

Es temor, confianza quizás, no amor.

Después de todo, ¿qué he hecho yo todavía para ser amado de ella? ¿Por qué obra he merecido esta inefable recompensa? ¿No hay en torno de ella mil mas bellos, de mas talento, mas dignos de llamar su atención y de fijar los ensueños vagos de su alma?

Vamos, todo eso es locura. No puede amarme, no me ama.

Pero no importa. Su confianza, puesto que no tiene sino confianza, no será engañada. Amado ó no, le doy mi vida, y soy aun mas feliz con que se digne aceptarla. ¡Bella abnegación es ciertamente una adhesión mercenaria, que ve al cabo de sus esfuerzos un premio que no pagaría una corona de rey! No, yo seré mas fuerte. Seré mejor. Y, si soy vencido en esta lucha, no me reservaré ni siquiera el derecho de decirla :

— ¡Es por vos por quien muero!

Entretanto, Cipriana había vuelto del bosque, y por una especie de intuición, — los enamorados son también poetas, *vates*, — corrió en seguida al cofrecito de los diamantes. Contenia un billete así concebido :

« ¡Gracias por la alegría de que me penetra vuestra confianza. Estais convidada mañana á casa de la señora condesa de Monte-Cristo. Id allá!

» J. DE LA C. »